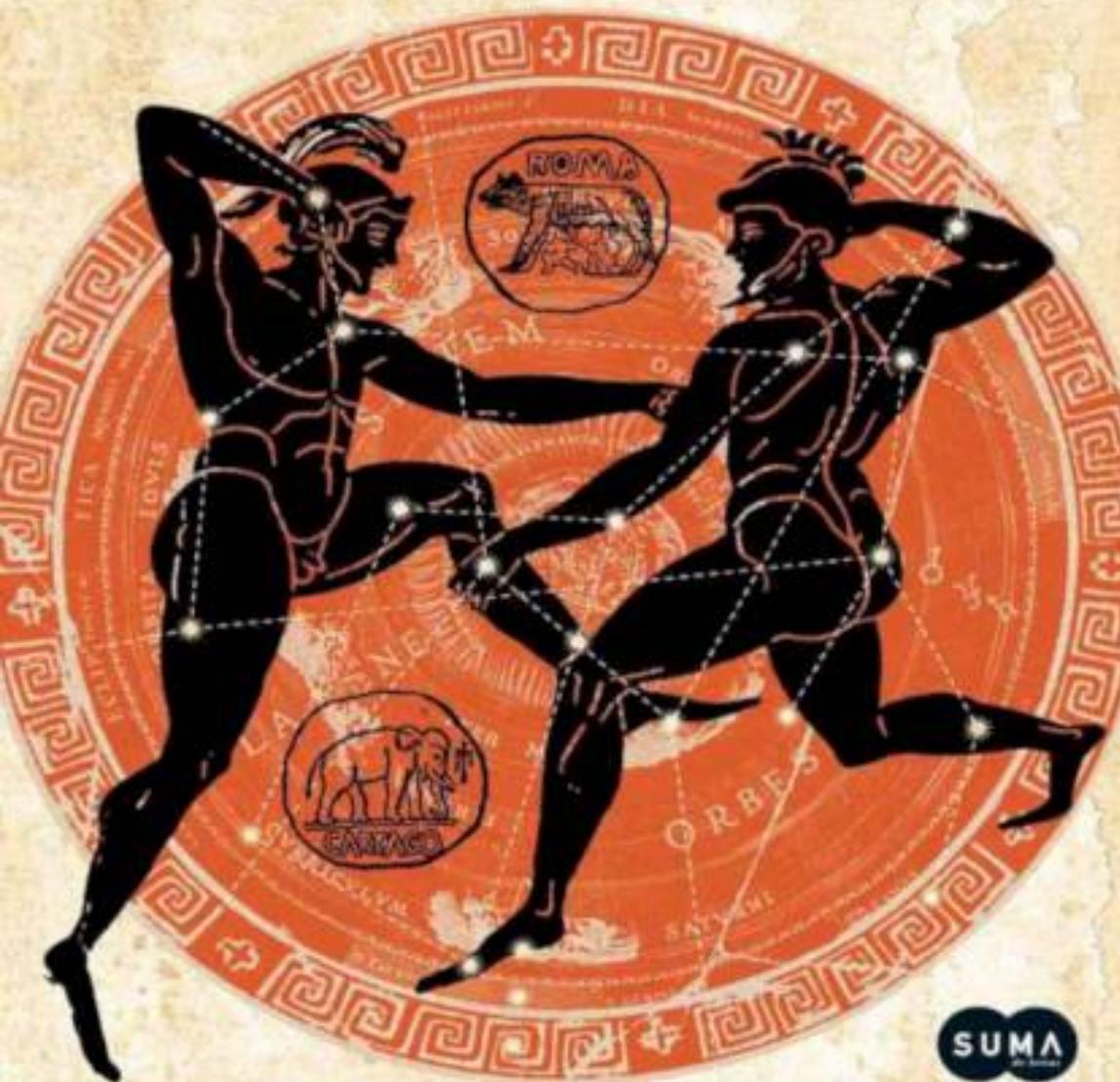


# ANTONIO VELASCO PIÑA

## ANÍBAL Y ESCIPIÓN



SUMA

LA GUERRA QUE MARCÓ EL ANTES Y EL DESPUÉS EN LA HISTORIA

## Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[UNA LARGA Y NECESARIA INTRODUCCIÓN](#)

[Capítulo I](#)

[UN GUERRERO, UN FILÓSOFO Y UN ELEFANTE AVANZAN SOLITARIOS EN-  
TRE NEVADAS CUMBRES](#)

[Capítulo II](#)

[UN GUERRERO, UN FILÓSOFO, DOS SENADORES Y CUATRO DELINCUE-  
TES](#)

[Capítulo III](#)

[SIEMPRE ADELANTE](#)

[Capítulo IV](#)

[QUINTO FABIO](#)

[Capítulo V](#)

[LA BATALLA DE CANNAS](#)

[Capítulo VI](#)

[UN PROLONGADO INTERMEZZO](#)

[Capítulo VII](#)

[LA MONEDA ESTÁ EN EL AIRE](#)

[Capítulo VIII](#)

[LA BATALLA DE ZAMA](#)

[Capítulo IX](#)

[DELENDIA EST CARTAHGO](#)

[UNA BREVE E IMPORTANTE CONCLUSIÓN](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Aníbal y Escipión. La guerra que marcó el antes y elPiña, Antonio  
después en la historia (Spanish Edition) Velasco

[Grupo Santillana](#)

## UNA LARGA Y NECESARIA INTRODUCCIÓN

¡París ha sido liberado!

La noticia pronunciada con emotivo acento por el maestro Adrián Gibert produjo un estallido de júbilo en los varios centenares de estudiantes agrupados en ordenadas filas en el patio de su escuela, quienes se abrazaban y prorumpían en toda clase de vítores. La bandera francesa comenzó a ser izada al tiempo que maestros y alumnos entonaban *La marselesesa*. La escena no tenía lugar en alguna escuela de Francia, sino en el Colegio Simón Bolívar de la Ciudad de México el 26 de agosto de 1944.

El señor Gibert había formado parte del pequeño grupo de maestros franceses que en la segunda década del siglo XX llegó a México a fundar las escuelas lasallistas. Además de normar su vida con estricto apego a las normas y enseñanzas impartidas por san Juan Bautista de La Salle, el señor Gibert se caracterizaba por su acendrado patriotismo y por un apasionado interés sobre cuestiones históricas, especialmente las concernientes a Francia y a México.

Como era de esperar, la invasión y ocupación de Francia por la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial había constituido un hecho en extremo doloroso para el señor Gibert, quien se encontraba en México desempeñándose como subdirector del Colegio Simón Bolívar, del cual era yo alumno. Cuando el general Charles de Gaulle se convirtió en el dirigente de un movimiento pro liberación de Francia, el señor Gibert se encargó de darnos a conocer proclamas de ese movimiento, acompañadas de toda clase de noticias

y comentarios sobre la contienda que se estaba librando en el planeta y en la cual ya México estaba participando.

En su afán por contagiarnos de su pasión por la historia, el señor Gibert había contratado para impartir clases de esta materia a un maestro de apellido Aguilar, historiador de profesión, que poseía en alto grado el don de captar la atención de sus alumnos por la amena y original forma en que daba sus lecciones. Y fue precisamente en una de sus clases, ocurrida poco tiempo después de la fecha en que tuvo lugar la liberación de París de la ocupación nazi, cuando sin que ni él ni yo fuéramos conscientes de ello, el maestro Aguilar me proporcionó la primera pieza del complejo rompecabezas que representaría ir adquiriendo la información que me permitiría poder escribir este libro.

Con su entusiasmo de siempre, el señor Aguilar dio comienzo a su clase haciendo una singular afirmación:

—Hoy vamos a iniciar el estudio de una guerra que si hubiese tenido un resultado distinto del que tuvo, ninguno de nosotros habría nacido, como tampoco existiría México como lo que es hoy en día. Desde luego, nadie hablaría español, francés o cualquier idioma derivado del latín, pues estos idiomas nunca hubieran llegado a formarse, Europa misma habría dejado de tener alguna importancia, o sea que toda la historia de más de dos mil años habría sido diferente. Esa guerra fue la que se libró entre Roma y Cartago en el siglo III antes de Cristo.

El hecho de que un acontecimiento ocurrido hacía ya más de dos milenios hubiese influido tan radicalmente para determinar el curso de la historia mundial, e incluso del cual había dependido el que yo existiese, despertó en mí un profundo interés. Así pues, escuché con profunda atención las lecciones que el señor Aguilar dedicó a explicar la contienda librada entre romanos y cartagineses, destacando la actuación de las dos personalidades más relevantes de dicho evento: Aníbal y Escipión el Africano.

Además de impartir sus amenas lecciones, el maestro Aguilar acostumbraba organizar sabatinos recorridos por lugares que tenían una especial importancia histórica y cultural, como museos, iglesias y sitios arqueológicos cercanos a la capital. La asistencia a estos recorridos era voluntaria y normalmente tan sólo acudíamos unas cuantas docenas de alumnos. En algún sábado del mes de septiembre de 1944, el señor Aguilar organizó una visita a la Biblioteca Nacional, ubicada en ese entonces en la esquina de Isabel la Católica y Uruguay, en la Ciudad de México. Antes de iniciar el recorrido por la biblioteca fuimos recibidos por el director de la misma, el señor José Vasconcelos.

La figura de José Vasconcelos, político, filósofo y escritor, es sin duda una de las más relevantes en el México del siglo XX. A juicio de muchos, él, Justo Sierra y Torres Bodet son los únicos auténticos secretarios de Educación Pública que ha tenido nuestro país; los demás han sido tan sólo empleados encargados del despacho, pues únicamente ellos tres lograron proyectar e instaurar un sistema educativo integral, nacionalista y humanista, ajustado a las necesidades del presente y con una visión de futuro.

La personalidad de Vasconcelos era impactante y su presencia imponía respeto; tenía un gesto adusto y una voz grave y bien modulada. Nos dio la bienvenida y nos explicó brevemente cómo se había ido formando el valioso acervo de la Biblioteca Nacional. Vasconcelos preguntó al maestro Aguilar qué época de la historia estábamos estudiando y éste le respondió que las Guerras Púnicas; manifestó un profundo interés por el tema y afirmó que si en verdad deseábamos comprender la forma como se había desarrollado ese conflicto y la gran trascendencia que había tenido, necesitábamos acudir a las fuentes primarias de información que relataban esta contienda, las cuales estaban escritas en griego y en latín, idiomas que podríamos aprender al estudiar la preparatoria, pues en virtud de las reformas que él había promulgado como secretario de Educación, el

aprendizaje de dichos idiomas era obligatorio para los estudiantes que cursaban el bachillerato de humanidades. Concluyó su disertación afirmando que había de combatirse la tendencia de pretender convertir el sistema educativo en un mero transmisor de conocimientos científicos y tecnológicos, pues ello llevaría a la formación de generaciones carentes de ideales y de identidad nacional, útiles tan sólo para servir a los intereses económicos de los Estados Unidos. Debía por tanto mantenerse la enseñanza de materias como filosofía, historia, civismo, griego y latín.

Aun cuando como dijera Vasconcelos, al cursar la preparatoria de humanidades me fue dado llevar las clases de griego y de latín, éstas resultaron del todo insuficientes para pretender realizar una lectura de los clásicos, por lo que el estudio del relato en las fuentes primarias sobre la guerra librada entre Roma y Cartago quedó pospuesto por tiempo indefinido.

Al ingresar a la Facultad de Derecho de la UNAM, formando parte de la generación 1954, pionera de la Ciudad Universitaria, la herencia de Roma volvió a cruzarse en mi camino. El derecho romano es la base de las instituciones jurídicas de todas las naciones latinas, razón por la cual formaba parte importante de los planes de estudio de las escuelas de jurisprudencia. En lo que a mí respecta, tuve la suerte de que las clases de esta materia me fuesen impartidas por el señor Wenceslao Roces, un destacado erudito español que había llegado a México a resultas de la guerra civil que asolara a su nación en la década de los treinta del siglo pasado. El señor Roces no sólo dominaba a la perfección el latín y todo lo concerniente al derecho romano, sino que en sus clases procuraba resaltar la enorme influencia que había tenido la herencia cultural de Roma en los destinos de Europa y de las naciones latinoamericanas. En cierta ocasión, y no recuerdo por qué motivo, salió a colación en su cátedra el tema de las Guerras Púnicas, a las que, en términos del todo semejantes a los utilizados años atrás por el

maestro Aguilar, calificó de un evento crucial en la historia. Con un ademán señaló el bello escenario de la Ciudad Universitaria que podía observarse desde el amplio ventanal del salón de clases y afirmó:

—Si el resultado de esa guerra hubiese sido diferente, no existiría esta universidad, ni el derecho romano, ni ninguno de nosotros.

Los comentarios formulados por el señor Wenceslao Roces fueron tema de conversación con mi hermano Miguel, al que expresé que éstos habían hecho renacer mi interés por recabar información sobre el susodicho conflicto, en especial sobre la que sin duda alguna había sido su figura central: Aníbal.

El día de mi santo posterior a la fecha en que tuviera lugar aquella conversación, mi hermano Miguel me regaló un libro sobre Aníbal, escrito por G. P. Baker, un renombrado historiador británico especializado en las Guerras Púnicas. Fue el último regalo que recibiría de mi hermano, quien moriría un día de Navidad, a los veintidós años de edad, víctima de un derrame cerebral.

En su analítica y bien estructurada obra, el historiador inglés califica a Aníbal: “entre los más originales y brillantes de los grandes guerreros del mundo”. A su vez, al analizar a quien sería el gran oponente del cartaginés, opina que “Escipión fue una creación tan directa como involuntaria de Aníbal”. Al profundizar en cuál era la característica fundamental que diferenciaba a Roma y a Cartago, y por consiguiente a las dos personalidades que encarnaron el espíritu de sus respectivas naciones, Baker afirma:

En ningún otro caso cabe encontrar una diferencia tan tajante entre dos formas esenciales de la humana actividad, un choque tan directo entre el poder derivado del genio humano que ejerce su don de mando absoluto (Cartago a través de Aníbal) y el procedente de la fuerza emanada de una estrecha asociación de hom-

bres, agrupados en una sociedad de poderosa armazón política (Roma a través de Escipión).

Aun cuando la lectura de la mencionada obra incrementó mi interés por todo lo concerniente a las Guerras Púnicas, ni por asomo imaginé que pudiese conducirme a tratar de escribir algo sobre este particular. En esa época había tan solo dos objetivos que acaparaban toda mi atención: encontrar el camino que me condujese a lograr el amor de la mujer de la que estaba profundamente enamorado y titularme de abogado en la Facultad de Derecho de la UNAM. Con diferencia en el tiempo, pero finalmente alcancé ambos propósitos: me recibí de abogado el 4 de marzo de 1959 y contraí matrimonio con Gabriela Arévalo Blumenkron el 1 de junio de 1962.[\[1\]](#)

La denominada "luna de miel" es sin duda una de las mejores etapas en la vida. Además de la unión física de dos seres, se inicia un proceso que puede llevarlos a una plena unión espiritual, al compartir sentimientos, pensamientos y vivencias, siendo para ello la palabra un importante medio de comunicación. En nuestro caso el lugar para ir logrando esta intercomunicación no podía ser más adecuado. Aún no existía Cancún, y Cozumel era entonces un auténtico paraíso en estado virgen, no tenía propiamente hoteles sino unas confortables cabañas. En alguna de nuestras múltiples conversaciones sobre toda clase de temas, comenté con Gaby mi interés por la contienda librada entre Roma y Cartago veintitrés siglos atrás. Al retornar de nuestra luna de miel, el primer regalo que recibí de Gaby con motivo del día de mi santo, fue un ejemplar del libro *Aníbal de Cartago*, de la prestigiada novelista norteamericana Mary Dolan.

La obra de Mary Dolan es del todo diferente a la de Baker. El libro del historiador inglés, escrito con gran rigor académico, es un profundo estudio de todo lo concerniente a las Guerras Púnicas y de sus trascendentales consecuencias. El libro de la norteamericana es una novela histó-

rica, un ameno relato escrito con un evidente apasionamiento, que busca poner de relieve los sentimientos y las características personales de muchos de los participantes en la contienda. De alguna manera, y precisamente por ser del todo distintas, ambas obras se complementan, por lo que su lectura me permitió lograr un pequeño avance en el camino hacia una mejor comprensión del conflicto que nos ocupa.

Durante mi etapa estudiantil había hecho una gran amistad con un estudiante de la carrera de historia, que se imparte en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Al poco tiempo de concluidos sus estudios universitarios, mi amigo se dirigió al Tíbet, y en marzo de 1959 le tocó en suerte ser testigo de un histórico acontecimiento: la rebelión del pueblo tibetano en contra de la ocupación china y la legendaria escapatoria del Dalai Lama, que logró escabullirse de entre las garras del ejército invasor y refugiarse en la India. Tras participar en esos acontecimientos, mi amigo permaneció siete años en un oculto monasterio en los Himalayas, recibiendo de un lama profundas enseñanzas en materia de historia. Al término de dicho periodo regresó a México, en donde formó varios grupos de estudio, a uno de los cuales me incorporé.<sup>[2]</sup>

Las enseñanzas de Ayocuan (ése fue el pseudónimo adoptado por mi amigo) proporcionaban una visión del todo diferente a la versión comúnmente aceptada de la historia. A su juicio, esta versión es por completo inapropiada para alcanzar una profunda comprensión de los sucesos históricos, para lograrla se requiere desarrollar previamente la capacidad de analizarlos y valorarlos correctamente. En la cosmovisión histórica que enseñaba Ayocuan, se sustituía la versión eurocéntrica y lineal que predomina en el estudio de la historia, por una versión planetaria, cíclica y en espiral, que permite comprender que la especie humana está inmersa en un proceso evolutivo de ampliación de conciencia que la lleva a ir desarrollando diferentes culturas, siendo

la más reciente de éstas la denominada Occidental, la cual se encuentra ya en su fase final y pronto será sustituida por la nueva cultura que abarcará a toda la humanidad.

La conclusión que coronaba las enseñanzas de Ayocuan era que la nación que contaba con mayor probabilidad de dar nacimiento a la nueva cultura era México. Mi amigo desconocía las circunstancias en que se produciría tan trascendental suceso, y por mi parte, ni en sueños podía yo imaginar que sería testigo del acontecimiento que marcaría el inicio de una nueva edad histórica y que conocería al personaje central de dicho acontecimiento.

En cierta ocasión en que cenaba con Ayocuan en el Sanborns, le comenté que cuando hacía ya varios años habíamos ido un grupo de estudiantes a la Biblioteca Nacional y nos había recibido su director, el filósofo José Vasconcelos, al saber que estábamos estudiando las Guerras Púnicas nos había indicado que si en verdad queríamos comprender todo lo relativo a esa contienda, necesitábamos aprender griego y latín. Mi amigo opinó que aun cuando consideraba acertado lo dicho por Vasconcelos, a su juicio podía subsanarse parcialmente este requisito estudiando las traducciones al español de las obras en griego y latín que abordaban este evento. Ayocuan me animó a que indagase si en la biblioteca de la UNAM (que era la depositaria del acervo de libros que había integrado la Biblioteca Nacional) existían traducciones al español sobre dicha guerra. Así lo hice y con buenos resultados.

Son tan sólo dos las narraciones de autores clásicos sobre las Guerras Púnicas que han sobrevivido al paso del tiempo. Una es la de Polibio, escrita cuarenta años después de la batalla de Cannas; la otra es de Tito Livio, elaborada doscientos años después de esa batalla. Según la generalizada opinión de los historiadores, ambos testimonios están basados en una crónica escrita por un autor griego de nombre Sosylos, el cual acompañó a Aníbal a lo largo de

toda su campaña. Existe la convicción de que esta crónica se perdió en fecha indeterminada.

La lectura de los dos autores mencionados, a través de una traducción española del siglo XIX, me proporcionó una invaluable información sobre el trascendental enfrentamiento entre Cartago y Roma. Al comentar con Ayocuan el estudio en el que estaba inmerso, se interesó en el asunto y me acompañó en mi siguiente visita a la Biblioteca de la UNAM. Con reconcentrada atención leyó durante varias horas extensos pasajes tanto de la obra de Polibio como de lo escrito por Tito Livio. Al salir de la biblioteca, mi amigo me externó una sorprendente opinión: la aceptada consideración de que los dos autores se habían basado para escribir sus obras en la misma fuente, la crónica de Sosylos, era del todo errónea. A su juicio cada uno de ellos había obtenido su información por diferentes conductos. La obra de Tito Livio sí debía de haberse basado en lo testimoniado por alguien que había estado con el ejército cartaginés durante el desarrollo de la contienda, pero la obra de Polibio dejaba ver que se había basado en lo escrito por alguien que había acompañado al ejército romano. Como era del todo imposible que una misma persona estuviese al mismo tiempo en los dos ejércitos, la afirmación de que ambas obras provenían de una misma fuente era equivocada.

Desde luego, la observación de Ayocuan no sólo no disminuía el mérito de las mencionadas obras, sino que incluso aumentaba su valía al hacerlas complementarias. El dilucidar cuál había sido realmente la fuente de información de sus autores escapaba por completo de mis posibilidades. Incluso el evento mismo de la guerra que en ellas se abordaba dejó de ser objeto de mi atención durante muchos años, al sobrevenir una persona y un acontecimiento que darían a mi vida un radical e inesperado giro: Regina y el Movimiento Espiritual Planetario de 1968.[3]

Regina, el personaje central de un movimiento que representó un parteaguas en la historia, nació el 21 de marzo

de 1948, en la casa de campo de mis padres, ubicada en la aldea de Los Reyes, en el Estado de México. Siendo muy pequeña fue llevada al Tibet, en donde recibió las enseñanzas de los más sabios lamas; estuvo luego en China y de ahí retornó a México para cumplir una elevada misión: despertar la conciencia de las dos montañas más importantes de la porción norte del continente americano (el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl) para iniciar con ello un proceso de reactivación de la conciencia del planeta, que propiciase el nacimiento de una nueva edad histórica, mediante el surgimiento de una cultura de carácter planetario.

Por razones que ignoro, y que casi seguramente nunca llegaré a conocer, al dar inicio a su misión Regina tuvo a bien asignarme la tarea de elaborar un testimonio de la forma en que habría de cumplirla. Fue así que me tocó estar presente en los eventos más relevantes de lo acontecido en la Ciudad de México en 1968: la manifestación del rector, el resonar de las rejas de tumbaga de catedral, la manifestación del silencio y la inmolación de los mártires en Tlatelolco.

Durante una larga temporada me resultó imposible cumplir con el encargo de Regina. El impacto que me produjera su trágico final me impedía hacerlo; cuando finalmente intenté empezar a escribir sobre los acontecimientos que pretendía relatar, comprendí que si me atenía para ello exclusivamente a mis propios recuerdos, daría tan sólo una versión personal y por tanto fragmentaria de lo ocurrido. Decidí por tanto recabar la mayor información posible entrevistando a toda clase de personas que habían participado de muy distintas maneras: estudiantes, maestros, padres de familia, obreros, campesinos, burócratas, funcionarios públicos, militares y simples observadores. Desde luego, una invaluable ayuda para la elaboración del libro fue la que recibí de importantes Guardianes de Tradición. La obra fue publicada en 1987 y afortunadamente corrió con buena suerte y ha tenido una amplia difusión, que incluye traduc-

ciones a otros idiomas. En vista de ello opté por un radical cambio de actividad profesional, dejando el ejercicio de la abogacía me dediqué a escribir sobre diversos eventos de la historia de México, procurando apartarme de las versiones oficiales y académicas que prevalecen al respecto y dando a conocer los puntos de vista y la información preservada mediante la tradición oral, así como la contenida en los documentos que resguardan los Guardianes de Tradición.

Un típico ejemplo de esta forma de enfocar el estudio de la historia fue el que se describe a continuación. En 1993 se desató desde las sombras una perversa campaña de difamación en contra de los Niños Héroes, que incluso pretendía negar hasta su existencia. Con miras a contrarrestar esta insidiosa campaña, el general Tomás Ángeles Dauahare, director en aquel entonces del Heroico Colegio Militar, me motivó a que escribiese un libro sobre los Niños Héroes, para lo cual me facilitó copia de los documentos que sobre ellos existen en los archivos de dicho colegio, así como en los de la Secretaría de la Defensa y en los de la Asociación de Ex Alumnos del Colegio Militar. A su vez, el Secreto Guardián del Bosque de Chapultepec me permitió tener acceso a diversos documentos relacionados con los Niños Héroes, en los cuales se revelaba la historia familiar, los sentimientos y la personalidad de cada uno de ellos. Con base en toda esta información, me fue posible escribir dos libros con aspectos poco conocidos de los actores de la epopeya del 13 de septiembre de 1847: *Los Siete Rayos*<sup>[4]</sup> y *Cartas y poemas de un guerrero y un cardenal*.

De manera indirecta y a largo plazo, la investigación relacionada con los Niños Héroes iba a conducirme a la adquisición de una nueva e importante pieza del rompecabezas que, sin saberlo, estaba armando sobre la contienda librada entre Roma y Cartago. El 29 de septiembre de 2007 acudí al Archivo General de Indias de la ciudad de Sevilla, en España, a cumplir lo que consideraba un compromiso dilata-

damente pospuesto: entregar a la biblioteca de ese archivo un ejemplar de mi libro sobre Tlacaélel, cuya elaboración había sido posible en buena medida gracias a la información obtenida en dicho archivo. Ese mismo día me fue dado gozar de un privilegio jamás imaginado.

Al igual que en México y en todas las naciones poseedoras de una ancestral herencia cultural, en España existen Secretos Guardianes de Tradición. Yo mantenía de tiempo atrás una relación de amistad y de intercambio de información con el Secreto Guardián de Sevilla. Así, por ejemplo, le había enviado copias de los documentos relacionados con los Niños Héroes y él me había proporcionado copias de los inéditos poemas y cartas del cardenal Decio Azzolini, dedicados y dirigidos a la reina Cristina de Suecia.

Tras acompañarme a la entrega de mi libro al Archivo de Indias, el Guardián me llevó a la Universidad de Sevilla, en donde, en una hermética y refrigerada bóveda, se resguarda uno de los cuatro ejemplares que aún subsisten de la primera edición de la Biblia que imprimió Gutenberg en el siglo XVI. Gracias a las influencias del Guardián y sin tener que cumplir con los largos trámites burocráticos que se requieren para ingresar en la mencionada bóveda, pude entrar y me fue mostrado, e incluso se me permitió tener en mis manos previamente enguantadas, el primer libro impreso en la historia.

Aún bajo el impacto de la emoción causada por la gratísima experiencia que acababa de tener, salí de la Universidad de Sevilla y en compañía del Guardián deambulé por las márgenes del río Guadalquivir, lugar donde funcionó el puerto fluvial a través del cual se llevó a cabo, durante siglos, todo el transporte de seres humanos y mercancías entre España y sus colonias allende los mares. Al llegar a las dos altas torres donde se desembarcaban el oro y la plata provenientes de México y Perú, vino a mi memoria lo afirmado por los maestros Aguilar y Roces, y comenté que si el resultado de las Guerras Púnicas hubiese sido otro, toda la